

PIERRO Γ

## PIERROT

*A Enrique Roujon.*

Viuda, de mediana edad, medio señora medio aldeana, quería la señora Lefevre pasar por persona de alto copete y era de esas que hablan escuchándose, que en público aparecen siempre cargadas de pretensiones y ocultan un alma mezquina bajo un aspecto grotesco, como ocultan sus gruesas manos rojas bajo los guantes de seda.

Tenía por criada una campesina sencillota que se llamaba Rosa.

Ambas mujeres vivían en una casita con persianas verdes, junto á una carretera de Normandía, en el centro de la comarca de Caux.

Como había un jardinillo junto á la casa que

aprovechaban para cultivar algunas legumbres, ocurrió que una noche le robaron una docena de cebollas.

Apenas Rosa notó el hurto, corrió á avisar á la señora que bajó de trapillo. Produjo aquel atentado desolación y terror. ¡Habían robado, robado á la señora Lefevre! Si robaban de aquella manera, cualquier día podían volver á las andadas. Las dos mujeres despavoridas contemplaban las huellas de los pasos, charlaban y suponían muchas cosas.

—Mire, han pasado por aquí. Se han apoyado en la pared y han saltado en el primer cuadro.

El porvenir las asustaba. ¿Cómo podrían dormir tranquilas en lo sucesivo? Circuló la noticia del robo. Los vecinos acudieron, comprobaron el hurto y charlaron á su vez; y ambas mujeres explicaban á todos los que llegaban sus observaciones y sus ideas.

Un colono vecino suyo les dió este consejo:

—Debieran ustedes tener un perro.

Mucha verdad, debían tener perro aunque no fuera más que para avisar. No un perro grande, ¿qué hacían con un perrazo? Les arruinaría comiendo. Pero un gozquecillo, un perrito de esos que saben ladrar.

Cuando todos se hubieron largado, la señora Lefevre discutió largo rato acerca de si debían tener perro ó no. Pensándolo bien, le daba horror imaginar lo que gastaría un animalucho de tal especie, pues era de aquella casta de mujeres avarientas que llevan céntimos en el bolsillo para dar limosna de un modo ostensible cuando alguien puede verlas y en las mesas petitorias de las iglesias.

Rosa, á quien gustaban los animales, procuró inducir á su ama á que comprara un perro y así se acordó. Empezaron á buscar uno, pero sólo encontraban perrazos capaces de comerse toda la casa. El droguero de Rolleville tenía uno muy pequeñito, pero quería por él dos francos. La señora Lefevre afirmó que alimentaría un perro pero no lo compraría.

Un día, el panadero, que sabía lo ocurrido, trajo en su carretón un animalito amarillo, casi sin patas, raro á más no poder, con el cuerpo de cocodrilo, la cabeza de zorra y la cola enarbolada, grande, tan grande como el resto del cuerpo.

Un parroquiano trataba de deshacerse de él y á la señora Lefevre le pareció de perlas aquel can asqueroso que no le costaba un cuarto.

Rosa lo besó y después preguntó como le llamaban. El panadero dijo que «Pierrot.»

Le instalaron en una caja vieja de jabón y primero le dieron agua. Bebió. Le presentaron después un mendrugo. Comió. A la señora Lefevre se le ocurrió una idea luminosa; la de que en cuanto estuviera acostumbrado á la casa se buscaría la pitanza si se le daba suelta.

Soltáronle en efecto lo cual no le impidió tener siempre hambre. Lo curioso del caso es que no ladraba más que para pedir de comer, pero entonces ladraba con furia.

Cualquiera podía entrar en el jardín. Pierrot festejaba á cualquiera y permanecía mudo.

La señora Lefevre se había acostumbrado sin embargo al animalito. Le quería á su modo, y de vez en cuando le daba con su propia mano pan mojado en salsa.

Pero no se le había ocurrido pensar en el impuesto. Cuando la reclamaron los ocho francos, allí fué Troya. ¡Dar ocho francos por un perrillo que ni ladraba! Poco le faltó para desmayarse.

Se decidió inmediatamente deshacerse de Pierrot. Nadie lo quiso, á pesar de haberlo ofrecido á todas las casas que había en diez leguas á la redonda.

Entonces, viendo que no había otro medio, decidieron hacerle «dar el salto.»

«Dar el salto», es lo mismo que «comer.»

Se hace dar el salto á todos los perros que estorban. En el centro de una vasta llanura se ve una especie de cabaña ó por mejor decir un cobertizo de paja. Es la entrada á la cantera. Un gran pozo recto se hunde bajo tierra unos veinte metros y da entrada á una serie de largas galerías de minas.

Se baja una vez cada año allí cuando llega la época del abono de las tierras. Durante el resto del año sirve de cementerio á los perros condenados, y á veces, cuando se pasa cerca del orificio, se oyen quejidos lastimeros, ladridos furiosos y desesperados, aullidos desesperantes que suben del fondo.

Los perros de los cazadores y pastores huyen con terror de aquel agujero, y cuando uno se inclina para mirar, sale de allí un hedor abominable.

Dramas terribles se cumplen en la sombra.

Cuando un animal agoniza hace diez ó doce días en el fondo, alimentado por los restos inmundos de sus predecesores, otro animal de mayor tamaño ó más vigoroso por lo menos, cae de pronto. Allí están los dos solos, hambrientos, con los ojos como carbunclos. Se acechan, se siguen, vacilan. Pero el

hambre les aprieta, y se atacan, luchan largo tiempo de un modo encarnizado y el más fuerte se come al más débil y le devora vivo.

Una vez decidido que Pierrot «daría el salto» se buscó ejecutor.

El peón caminero pidió cincuenta céntimos por el encargo, lo cual pareció una enorme exageración á la señora Lefevre. El morral del vecino se contentaba con veinticinco céntimos pero aun les parecía demasiado. Rosa hizo observar que valía más que le llevaran ellas mismas, porque así no le atormentarían por el camino, y se resolvió que irían ambas al pozo al anochecer.

Aquella tarde le dieron una buena sopa con grasa. La comió toda y mientras movía la cola de contento, Rosa lo cogió y se lo puso en el delantal.

Atravesaban la llanura á grandes zañcadas como merodeadoras. Pronto advirtieron la boca del pozo y la alcanzaron; la señora Lefevre se inclinó para oír si algún animal gemía. No, no había ninguno. Pierrot estaría solo. Entonces Rosa, que lloraba, le besó, y luego le lanzó al agujero; y ambas se inclinaron aguzando el oído.

Oyeron primero un ruido sordo; después la queja

aguda, desgarradora de una bestia herida, luego una sucesión de gritos de dolor, y por fin llamamientos desesperados, súplicas del perro que imploraba con la cabeza levantada hacia la abertura.

¡Cómo ladraba, santo Dios, cómo ladraba!

Sintieron remordimientos, espanto, un miedo loco é inexplicable y huyeron corriendo. Como Rosa iba más aprisa la señora Lefevre gritaba:

—¡Espéreme, Rosa, espéreme!

Por la noche tuvieron espantosas pesadillas.

La señora Lefevre soñó que se sentaba á la mesa para comer la sopa y que al destapar la sopera, Pierrot aparecía dentro. Saltaba y la mordía en la nariz.

Se despertó y creyó oír ladrar. Escuchó; se había equivocado. Durmióse de nuevo y se encontró en una carretera larga, interminable. De pronto, en mitad del camino, advirtió una banasta abandonada y cerrada. Aquella banasta le daba miedo.

Se decidió, sin embargo, á abrirla y Pierrot, acurrucado, dentro le cogió la mano y no se la soltó. Y ella huía desesperada llevando colgado el perro de la mano que no soltaba su presa.

Al amanecer se levantó casi loca y corrió al pozo.

Ladraba, ladraba aun; había ladrado toda la noche. Ella se puso á sollozar y le llamó con toda clase de nombres cariñosos. Le contestó con sus inflexiones más tiernas de voz de perro.

Entonces quiso volver á verle haciéndole dichoso hasta la muerte. Corrió á casa del pocero encargado de la extracción del abono y le contó lo que le ocurría. Escuchóla el obrero y en cuanto acabó le pidió cuatro francos por el trabajo.

La señora se estremeció. De pronto olvidó toda su pena.

—¿Cuatro francos? ¿Cuatro francos por esa bicoca? ¡Yal ¡yal!

—Cree usted que voy á llevar mis cuerdas y manivelas y bajar al fondo para que me muerda su maldito perro por el solo gusto de volvérselo á dar. No haberlo echado.

—¡Cuatro francos!

Y se marchó indignada.

Apenas estuvo en casa, llamó á Rosa y le explicó las pretensiones del pocero. Rosa, resignada como siempre, repetía:

—¡Cuatro francos! Es mucho dinero, señora.

Y luego añadió:

—¿Y si le echásemos de comer al pobre perro para que no se muera?

La señora Lefevre aprobó la idea muy contenta y ambas se dirigieron al pozo llevando un trozo de pan con manteca.

Lo cortaron á trocitos que lanzaron uno tras otro llamando y hablando á Pierrot.

Tan pronto como el perro acababa su bocado, ladraba para reclamar otro.

Volvieron al anochecer, y luego al día siguiente y todos los demás. Pero no hacían más que un viaje.

Una mañana, cuando dejaron caer el primer bocado, oyeron de pronto un ladrido formidable en el pozo. ¡Eran dos! Habían precipitado otro perro, un perrazo.

Rosa gritó: «¡Pierrot! Pierrot ladró, ladró. Entonces echaron el pan, pero cada vez oían claramente ruido de lucha, y los gritos quejumbrosos de Pierrot mordido por su compañero que era el que se lo comía todo por ser el más fuerte.

Por más que decían: «Es para ti, Pierrot,» el pobre Pierrot era evidente que nada comía.

Las dos mujeres se miraban azoradas; y la señora Lefevre dijo con tono adusto:

—Me parece que no he de alimentar á todos los perros que echen aquí dentro. Renuncio á ello.

E indignada pensando que todos aquellos perros

vivían á su costa, se fué, llevándose el pan que quedaba y que se puso á comer por el camino.

Rosa la seguía llorando y limpiándose los ojos con el delantal.

MINUE

## MINUÉ

---

*A Pablo Bourget.*

Las grandes desdichas me impresionan poco, dijo Juan Bridelle, un solterón que pasaba por escéptico. He hecho la guerra, y pasaba sobre los muertos sin sentir lástima. Las grandes brutalidades de la naturaleza ó de los hombres, pueden indignaros, arrancaros gritos de horror, pero no producen esa especie de desgarró en el corazón, ese estremecimiento que se siente en la espalda al ver ciertos detalles enternecedores.

El dolor más violento que se puede sentir, es la pérdida de un hijo por parte de una madre, ó la pérdida de una madre por un hombre. Esto resulta violento, terrible, trastorna y desgarrá, pero se

*El testamento. — 5*



cura uno de ello, como se curan las grandes heridas sangrientas.

Pero en cambio, hay ciertos encuentros, ciertas cosas que se entrevén, ciertos pesares secretos, ciertas perfidias de la suerte, que remueven dentro de nosotros un mundo doloroso de pensamientos que entreabren á nuestra vista la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos, cuanto que parecen más benignos, tanto más vivos, cuanto menos aparentes, tanto más tenaces cuanto que parecen más ficticios, y que nos dejan en el alma como una estela de tristeza, un dejo amargo, una sensación de desencanto, de la que tardamos mucho tiempo en podernos curar.

Tengo siempre ante la vista dos ó tres cosas que otros hombres no hubieran notado siquiera, y que penetraron en mi interior como largas y finísimas picaduras incurables.

Quizá no comprenda usted la emoción que tales impresiones me produjeron. Le contaré una. Es muy antigua, pero viva como si datara de ayer. Quizá mi imaginación sola haya producido mi enternecimiento.

Tengo cincuenta años, era joven entonces, y es-

tudiaba Derecho. Un tanto triste y soñador, impregnado de una filosofía melancólica, no me gustaban los cafés bulliciosos, ni los camaradas alegres, ni las muchachas estúpidas. Me levantaba temprano, y una de mis más dulces horas, era la que pasaba por la mañana de ocho á nueve, en el jardín del Luxemburgo.

¿No conoce usted este jardín? Era algo así como un jardín del siglo anterior, lindo como la sonrisa cariñosa de una vieja. Setos vivos separaban las avenidas estrechas é irregulares, avenidas silenciosas encerradas entre dos paredes de hojas recortadas con cuidado. Las grandes tijeras del jardinero alineaban sin descanso aquellos tabiques de ramas, y de trecho en trecho había cuadros de flores, grupos de arbustos alineados como colegiales que van á paseo, reuniones de rosales magníficos y regimientos de árboles frutales.

Una parte de aquel sitio encantador, estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja sabiamente distribuídas sobre tablones abrían al sol sus puertas pequeñas como el boquete de un dedal, y á lo largo de caminos y senderos, zumbaban por todas partes las moscas doradas dueñas de aquellos lugares pacíficos, y paseantes de aquellas tranquilas avenidas.

Iba allí casi todas las mañanas; me sentaba en un banco y leía. A veces dejaba el libro en mis rodillas para soñar y para escuchar como en tórno mío vivía París, gozando del reposo infinito de aquellas glorietas pasadas de moda.

Pronto noté que no era el único que frecuentaba aquel lugar desde que se abrían las puertas, y topaba muchas veces al revolver un sendero con un extraño viejecillo.

Llevaba zapatos con hebillas de plata, pantalón con bragas, levita de color de tabaco, una puntilla en vez de corbata, y un inconcebible sombrero gris de anchas alas y largo pelo, que recordaba involuntariamente la época del diluvio.

Estaba flaco, muy flaco; era anguloso, gesticulador y sonriente. Sus ojillos vivos palpitaban de continuo al compás incesante de sus párpados, y llevaba un bastón con puño de oro que debía ser para él algún recuerdo magnífico.

Aquel buen hombre me admiró al principio, y después me interesó en gran manera. Le acechaba á través de las paredes de hojas, le seguía de lejos y me detenía de vez en cuando para que no sospechara mi presencia.

Y he aquí que una mañana, creyéndose solo, em-

pezó á hacer unos movimientos singulares: primero unos saltitos, después una reverencia; luego, con su pierna delgada, hizo una especie de molinete, y empezó á dar vueltas y saltitos, zarandeándose de un modo raro, sonriendo como si estuviera ante un público haciendo monerías y habilidades con los brazos y retorciendo su cuerpecillo de títere y dirigiendo al vacío ligeros saludos enternecedores y ridículos. ¡Bailaba!

Permanecía yo petrificado de admiración preguntándome quien de los dos estaba loco, si él ó yo.

De pronto se detuvo, adelantó como hacen los actores en el palco escénico, luego se inclinó retrocediendo y lanzando sonrisas graciosas y besos de comediante con su mano temblorosa á las dos hileras de árboles recortados.

Después, volvió á pasearse con toda gravedad.

Desde aquel día no le perdí de vista, y cada mañana vuelta á su ejercicio inconcebible.

Sentí grandes deseos de trabar relación con él, y un día, sin más ni más, después de haberle saludado le dije:

—Buen día hace hoy, caballero.

Se inclinó.

—Sí, caballero, es un día digno de mis buenos tiempos.

Ocho días después éramos amigos, y supe su historia.

Había sido maestro de baile en la Opera, en tiempo de Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Cuando hablaba de baile, no sabía contenerse.

He aquí lo que un día me dijo:

—Me casé con la Castris, caballero. Se la presentaré si usted quiere, aun cuando viene mucho más tarde. Mire usted, este jardín es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de otro tiempo. Nos parece que no podríamos existir si no lo tuviéramos. Este rincón es anticuado y distinguido, ¿verdad? me parece que respiro en él el mismo aire que en mi juventud. Mi esposa y yo pasamos aquí todas las tardes. Pero yo vengo por la mañana, pues me levanto temprano.

Apenas acabé de almorzar volví al Luxemburgo, y pronto vi á mi amigo que daba el brazo con toda ceremonia á una viejecita vestida de negro á quien fué presentado. Era la Castris, la gran bailarina querida de los príncipes y del rey, adorada por

aquel siglo galante, que parece haber dejado en el mundo un perfume de amor.

Nos sentamos en un banco. Era en mayo. Un perfume de flores se esparcía por las limpias avenidas, y el sol se deslizaba entre el ramaje cubriéndonos de manchas de luz. El vestido negro de la Castris parecía salpicado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos rodaban los coches.

—¿Quiere usted decirme—dije al viejo bailarín—lo que era el minué?

Se estremeció.

—El minué, caballero, es el rey de los bailes. Y el baile de las reinas ¿oye usted? Desde que no hay reyes no hay minué.

Y en estilo pomposo empezó un largo elogio diti-rámico que apenas comprendí. Quería hacerme describir los pasos, los movimientos, las posiciones y él se embrollaba, exasperándole su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera silenciosa y grave:

—¿Quieres, Elisa, quieres que enseñemos al señor lo que era el minué?

Giró ella en torno la vista inquieta y luego se colocó enfrente de él.

—Sí, caballero, es un día digno de mis buenos tiempos.

Ocho días después éramos amigos, y supe su historia.

Había sido maestro de baile en la Opera, en tiempo de Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Cuando hablaba de baile, no sabía contenerse.

He aquí lo que un día me dijo:

—Me casé con la Castris, caballero. Se la presentaré si usted quiere, aun cuando viene mucho más tarde. Mire usted, este jardín es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de otro tiempo. Nos parece que no podríamos existir si no lo tuviéramos. Este rincón es anticuado y distinguido, ¿verdad? me parece que respiro en él el mismo aire que en mi juventud. Mi esposa y yo pasamos aquí todas las tardes. Pero yo vengo por la mañana, pues me levanto temprano.

Apenas acabé de almorzar volví al Luxemburgo, y pronto vi á mi amigo que daba el brazo con toda ceremonia á una viejecita vestida de negro á quien fuí presentado. Era la Castris, la gran bailarina querida de los príncipes y del rey, adorada por

aquel siglo galante, que parece haber dejado en el mundo un perfume de amor.

Nos sentamos en un banco. Era en mayo. Un perfume de flores se esparcía por las limpias avenidas, y el sol se deslizaba entre el ramaje cubriéndonos de manchas de luz. El vestido negro de la Castris parecía salpicado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos rodaban los coches.

—¿Quiere usted decirme—dije al viejo bailarín—lo que era el minué?

Se estremeció.

—El minué, caballero, es el rey de los bailes. Y el baile de las reinas ¿oye usted? Desde que no hay reyes no hay minué.

Y en estilo pomposo empezó un largo elogio diti-rámbico que apenas comprendí. Quería hacerme describir los pasos, los movimientos, las posiciones y él se embrollaba, exasperándole su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera silenciosa y grave:

—¿Quieres, Elisa, quieres que enseñemos al señor lo que era el minué?

Giró ella en torno la vista inquieta y luego se colocó enfrente de él.

Entonces vi una cosa inolvidable.

Iban y venían haciendo gestos infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, saltaban parecidos á dos viejas muñecas movidas por un mecanismo antiguo algo descompuesto, construído en otro tiempo por un obrero muy hábil en su oficio.

Yo les miraba con el corazón henchido de sensaciones extraordinarias y conmovida el alma por una indecible melancolía.

Parecíame ver una aparición lamentable y grotesca, la sombra pasada de moda de un siglo. Tenía ganas de reír y necesidad de llorar.

De pronto se detuvieron, pues habían terminado las figuras del baile. Durante unos segundos, permanecieron de pie uno ante otro haciendo visajes sorprendentes. Luego se abrazaron sollozando.

Marché tres días después á provincias. No les he vuelto á ver. Cuando volví á París, dos años más tarde, había desaparecido aquel rincón de jardín. ¿Qué se han hecho sin aquel querido jardín de otro tiempo con sus senderos formando laberinto, su encanto de antigüedad y los graciosos contornos de sus macizos?

¿Han muerto? ¿Discurren acaso por las calles

modernas, como desterrados sin esperanza? ¿Bailan acaso á fuer de espectros fantásticos, un minué extraño entre los cipreses de un cementerio á lo largo de los caminos bordeados de tumbas, á la luz de la luna?

No me abandona su recuerdo y me obsesiona y me tortura, y lo siento como se siente una herida. ¿Por qué? No lo sé.

Esto sin duda le parecerá ridículo ¿verdad?